

DE TAL MANERA
ME AMÓ



Nací en una familia campesina en Sinaloa, y de niña no tuve ninguna influencia religiosa. Lo único que sabía de Dios era el dicho que escuchaba una y otra vez: “Pídele a Dios para que llueva”.

Años después, joven, sola y con 4 hijos, me mudé a Huatabampo, Sonora. En esa ciudad tuve mi primer contacto con el Evangelio. Todos los días a las 10 de la mañana prendía la radio para escuchar a una mujer que hablaba de Dios, pero no entendía mucho.

Luego nos mudamos a Hermosillo, y algunas veces acompañé a una de mis hijas a una iglesia que se denominaba a sí misma “Iglesia de Dios del Evangelio Completo”. A pesar de que casi nunca me hablaron de la salvación, allí me di cuenta de que era pecadora y me pareció que mis pecados eran imperdonables. Cada vez que el pastor hacía la invitación a pasar al frente para hacer la oración de fe, yo lo hacía porque creía haber perdido lo que había obtenido la vez anterior. “Si la salvación es así”, pensé, “entonces nadie será salvo”.

Con el tiempo comencé a darme cuenta de que yo no sentía, ni veía, ni hacía lo mismo que ellos. Todos decían ver visiones, oír voces celestiales, caerse, hablar en lenguas, pero yo no podía.

“¿Por qué ellos sí y yo no?”, me preguntaba, y me dijeron que tenía que pedirle al Espíritu Santo.

Notaba que me faltaba algo. Cuando escuchaba la música de la iglesia, al momento me sentía bien, pero luego eso pasaba y estaba vacía otra vez. Después de muchos años asistiendo a esa iglesia me dijeron que era salva por estar ahí, pero que tenía que cuidarme, porque podía perder la salvación. Así que, además del vacío, ahora también tenía temor.

Así pasé 20 años, hasta que el 26 de diciembre de 2005 llegó una invitación a mi casa con el texto de Juan 3.16: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Una vecina, que asistía a la misma iglesia que yo, me acompañó porque teníamos curiosidad. Cuando llegamos, busqué con la mirada los instrumentos, y no los encontré. ¿Dónde me metí? ¿Para qué vine aquí? Todo era tan diferente, y hasta me pareció aburrido. Entonces cantaron un himno:

¿Cómo puede el ser humano
paz con Dios gozar?
Si sus obras son en vano,
¿quién se va a salvar?

“¡Consumado es!” por Cristo,
todo hecho está.
Salvación Él ha provisto,
sí, ¿le aceptas ya?

El primer predicador habló de Juan 3.16 y nos dijo que el amor de Dios es inmutable y su perdón también. Si Dios otorga el perdón, no lo va a quitar. Me dio mucha satisfacción escuchar eso y saber que la obra de Cristo era suficiente para que Dios me diera el perdón de mis pecados.

Ese día entendí y creí que el perdón de Dios no es incompleto y tampoco depende de mi comportamiento, sino de lo que Cristo hizo por mí en la cruz. Eso era lo que estaba buscando y lo encontré. Ahora tengo paz, algo que nunca tuve, y un gozo que nunca se va.



Margarita Soto



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com